

# Houdini y Sherlock Holmes

Daniel Stashower

Traducción:  
Ana Gracia Longarón



A David  
y  
Sally

## Agradecimientos

El autor quiere agradecer a las siguientes personas su inestimable ayuda y consejo: Evan y Anne Thomas, Doug Stumpf, Peter Shepherd, Frank MacShane y el Tuesday Club, Stephen Koch, Joseph Epstein, Jon Appleton, Lillian Zevin, Nicholas Meyer, The Book Ranger, Richard Ruhlman, Marta Panajoth, Sara Stashower, Rachel Weintraub, Fred e Hildegarde, Emily, la familia de John Beach y especialmente a su satélite en Manhattan, Chip Tucker, el cerdo verde Harold, Jack Berman y la señorita Ellen O'Neill Beach.

15. En la línea de Brighton .....	160
16. Houdini libre .....	170
17. Vigilia en Gairstowe .....	179
18. Otra recuperación asombrosa .....	190
19. Vuelo .....	199
20. Un truco oculto .....	213
21. La ciencia de la deducción .....	223
Epílogo .....	237

## Prólogo del editor

No fui yo quien descubrió la nota que John H. Watson dirigió a Bess Houdini, pero sí que fui el primero en darse cuenta de que John H. Watson no era el John Watson de Nebraska, el que hacía malabares con garfios, sino el famoso doctor John H. Watson, biógrafo y compañero de Sherlock Holmes.

Sucedió poco después de la muerte de Al Grasso, cuando los miembros de la sociedad neoyorquina de magos americanos comenzamos a revisar el desorden acumulado en su tienda, la Sociedad de Magia de Grasso-Hornmann. La tienda de Grasso ha sido y es uno de los más característicos referentes de Nueva York. Es la tienda de magia más antigua de los Estados Unidos y el lugar de nacimiento espiritual de muchos de nuestros más grandes magos. Es habitual en cualquier otra tienda del país encontrar la magia confinada en vitrinas de cristal, pero no en la tienda de Grasso. Allí puede uno sumergirse en los trucos como podría hacerlo en un montón de hojas secas. Más que una tienda podríamos decir que es un museo; un almacén mal iluminado en la segunda planta de un viejo edificio de oficinas. Sedas estampadas, varitas adornadas con borlas y aros gigantes de metal se amontonaban juntos, distribui-

dos al azar en cajas y estanterías atestadas. El lugar está lleno de libros y folletos de magia; algunos eran auténticas rarezas, pero no seguían ningún orden en su ubicación. En una de las esquinas hay un maltratado escritorio de piel, donde Al Grasso guardaba sus registros, a su manera, claro. Y colgadas sobre el escritorio, más de cien fotografías en sepia de los grandes magos del vodevil. A veces el sol ilumina el interior cuando entra por una ventana trasera; se pueden entrever entonces enormes piezas de atrezzo escénico entre los montones de cajas de embalaje, como el rincón de la momia que levita o la cola de oro del dragón chino. Todos ellos reliquias de los grandes espectáculos de magia que amenizaban las veladas durante las décadas de los años veinte y treinta.

Es sorprendente que alguien hubiese encontrado nunca nada útil entre el polvo y el desorden y, sin embargo, cada año la visitaban miles de magos, novatos y profesionales, y cada uno descubría un libro, truco o recuerdo con el que siempre había soñado, pero que no había sido capaz de encontrar.

Poner orden en aquel lugar, incluso con la mejor de las intenciones, era una triste tarea, por no decir casi blasfema. Nos tomamos el tiempo necesario, y con delicadeza permitimos que los miembros de mayor antigüedad se detuvieran con cada objeto que les despertaba algún recuerdo y contaran historias de antaño. Trabajando de esta manera, no fue hasta la tarde del tercer día que empezamos a escarbar en el escritorio de Al Grasso y descubrimos un sobre de color manila, quebradizo y con manchas de café, en el que ponía: «Devolver a Bess Houdini».

Fue como escuchar cascabeles la víspera de Navidad. Todos sabíamos que Al Grasso había sido un amigo muy cercano de la señora Houdini. También sabíamos que

durante la I Guerra Mundial, Harry Houdini había contraído una deuda con la tienda de Grasso, conocida entonces como Martinka. Sin embargo, la imagen de Houdini que la mayoría de nosotros tenía era la de una figura mítica, y nos parecía imposible tener entre las manos un sobre, es más, un sobre manchado de café, que iba dirigido a su esposa. Pensamos que podía ser algo que hubiera pertenecido a Houdini. Quizá eran los detalles de algún escapismo. Todos los que allí estábamos, unos siete aquella tarde, miramos fijamente el sobre durante unos cinco minutos antes de que alguien por fin volcara su contenido sobre el recientemente ordenado escritorio.

El primer objeto que examinamos ayudó mucho a atenuar nuestra veneración. Era una fotografía de Houdini con un amigo, y en ella se podía ver que el gran mago, inconsciente de que se le estaba fotografiando de cuerpo entero, se ponía de puntillas para parecer más alto que su compañero. El gran Houdini se avergonzaba de su estatura.

Había más fotografías en el sobre, la mayoría de Houdini con otros hombres, magos de menor estatura. Había también cartas suyas o dirigidas a él sobre la venta de Martinka. Y finalmente, había un pequeño pedazo de papel amarillento que se había caído al suelo y que había pasado desapercibido hasta que Matt, el lector de mentes, lo recogió del suelo, lo leyó y dijo: «Anda, el hombre de los garfios». La nota decía:

12 de diciembre de 1927

Estimada señora Houdini:

Permítame una vez más transmitirle mis más sinceras condolencias por la pérdida de su marido. Sé lo que es perder un compañero tan querido y sé también que el paso de los meses

transcurridos desde su marcha poco ha hecho para mitigar su dolor. En un paquete aparte le envió la crónica de una aventura que compartimos en Londres hace ahora cerca de veinte años. Aunque por el momento no tengo intención de hacer públicos los hechos, me complace pensar que la narración de las remarcables proezas de su marido pueda proporcionarle algún solaz en estos tristes días. Sigo siendo su humilde servidor.

John H. Watson

Por segunda vez aquel día, sentí la emoción de encontrar una conexión tangible con uno de mis ídolos, y algo todavía más increíble, una prueba de que Sherlock Holmes y Harry Houdini habían llegado realmente a conocerse. Tan pronto como asumí este hecho, comencé a considerar uno aún más increíble: era posible que en algún lugar de la tienda se encontrara un manuscrito inédito de Watson.

Según mi recuerdo de los hechos, comenté esta posibilidad con mis amigos en un tono de voz comedido y sonoro como siempre. Sin embargo, ellos insisten en que gritaba como un loco. De cualquiera de las maneras, comenzó entonces una frenética y precipitada búsqueda del manuscrito por los más oscuros recovecos de la tienda de Grasso. Mientras buscábamos, intentaba no pensar en lo limitado de nuestras probabilidades de encontrarlo. Incluso en el caso de que el manuscrito de Watson hubiera llegado a Martinka, lo más probable es que hubiera sido reenviado, desechado, o que se encontrara perdido en medio del desorden que se había apoderado de la tienda de Grasso. Pero en aquel momento estábamos todos demasiado entregados en la búsqueda como para pensar en nada de esto.

Debíamos parecernos a los hiperactivos e ineficientes policías de las películas mudas, buceando en montones de papeles, volcando cajas de documentos, registrando los archivos; considerando, en fin, cualquier ardid, como quien dice. Encontramos manuscritos que revisamos apresuradamente para descubrir que no eran más que tratados sobre cómo hacer desaparecer palomas o manipular monedas. Pero milagrosamente, apenas pasados veinte minutos de comenzar la búsqueda, encontramos el manuscrito del doctor Watson. Había servido para calzar la pata coja de una mesa, una de esas mesas para hacer desaparecer peces de colores. Aunque fuera una vergüenza, aquello lo había salvado. Lo probable es que, de no haber sido por esto, lo hubieran tirado.

El fardo se encontraba en bastante buen estado, a excepción del agujero que había hecho la pata al apoyarse. Las primeras páginas estaban a punto de desintegrarse y las últimas estaban manchadas de aceite y grasa, pero todo era legible. Lo sé porque de inmediato me senté y comencé a leer mientras mis amigos intentaban arreglar el desbarajuste ocasionado en nuestra búsqueda. Si fuese posible, podríamos decir que la tienda de Grasso había quedado más desordenada que antes de comenzar a limpiar tres días antes. Fue entonces cuando nos dimos por vencidos en cuanto a ponerlo en orden, pero yo tenía una historia original e inédita de Sherlock Holmes.

Mis problemas de verdad empezaban entonces. Si encontrar un manuscrito de Watson era improbable, convencer al resto del mundo del hallazgo rozaba lo imposible. Me enfrentaba a un ejército de incrédulos. Para empezar, los escépticos aseguraban que no era la escritura de Watson; sin embargo, es normal que a la edad de 75 años no pudiera seguir elaborando sus propias copias

manuscritas. Después llegaron los que dudaban de que se hubiera tomado tantas molestias para escribir una historia simplemente para animar a la señora Houdini. Mi única respuesta posible era que esa era precisamente la clase de hombre que era. Y lo que es más, en 1927 Watson no tenía ninguna necesidad real de dinero y por tanto podía dedicarse a escribir aquello que más le apeteciera.

Aunque se tratara de una historia única entre todas las que escribió sobre Holmes, no era la primera vez que Watson mantenía en secreto una de sus historias por razones de discreción. Su mayor preocupación sería ahorrarle la vergüenza a la insigne personalidad implicada en este suceso. Cualesquiera que fueran sus razones, Watson murió a causa de una neumonía vírica dos años después de enviar esta nota a la señora Houdini. Es seguro que Holmes no tuvo ningún interés en el proyecto, por lo que toda esperanza de que aquella historia pudiera ver la luz moría con el propio Watson.

Tan pronto como fui capaz de responder a estas objeciones, otras nuevas se me presentaron. Algunas personas llegaron incluso a acusarme de haber escrito la historia yo mismo, a pesar de asegurarles que yo no era más que un ignorante sin talento. Luego estaba ese desdeñable grupo que insistía en que Sherlock Holmes era tan solo una invención de sir Arthur Conan Doyle. Son una facción espuria, sin duda, pero también numerosa en la industria editorial, y, por tanto, difícil de ignorar. Finalmente, después de muchos meses de esfuerzos, pude por fin convencer a William Morrow y compañía, una comprensiva editorial, de que, por dudoso que fuera el origen del manuscrito, se trataba de una gran historia. Dejaré que sea el lector quien dé un veredicto final. Por mi parte no tengo dudas, y quiero asegurar al lector que los más increíbles

sucesos y afirmaciones aquí recogidos son los que con mayor facilidad se pueden verificar. El episodio relatado por Bess Houdini en el tercer capítulo está también recogido en la biografía de Houdini realizada por Milbourne Christopher: *Houdini: The Untold Story*. La fuga que presenta Houdini en el epílogo se convirtió en un efecto recurrente en sus actuaciones sobre el escenario. Recreó la extraordinaria hazaña descrita en el capítulo diecinueve en su película *The Grim Game*.

He realizado algunas extrañas, aunque espero que aclaratorias notas al pie en aquellos lugares donde el conocido oscurantismo de Watson se hace patente. Salvo en estos casos, no pondré más a prueba la paciencia del lector. Watson se encuentra como siempre en buena forma, es un amigo para el lector y un punto de referencia en una edad de cambios...

Daniel Stashower  
Ciudad de Nueva York  
12 de febrero de 1985

## Prólogo del autor

En todos mis años con Sherlock Holmes me he encontrado con apenas un puñado de hombres que pudieran rivalizar con él en testarudez e ingenio. Uno de estos hombres fue William Gladstone, ex primer ministro. Otro fue un caballero en Cornualles que diseñaba pequeñas armas con frutas pasas. Pero sin duda, la personalidad más extraordinaria entre ellos fue Harry Houdini, el célebre mago y escapista.

Sherlock Holmes y Harry Houdini se conocieron en abril de 1910. Holmes, cada vez más cerca de su retiro, se encontraba entonces en el momento culmen de su fama. Houdini, veinte años más joven, todavía no había alcanzado el reconocimiento internacional que pronto tendría. Su primer encuentro no fue cordial, y nunca llegaron a hacerse íntimos, pero hubo sin embargo un tácito respeto entre ellos; ambos reconocían en el otro al maestro indiscutible en su oficio.

Su encuentro y los hechos que lo propiciaron dieron forma a uno de los casos más singulares en la carrera de mi amigo. Houdini fue siempre reservado en lo que concernía a los detalles de su vida privada, lo que me impidió escribir sobre estos sucesos durante sus años de vida. Desafortunadamente, el impedimento ya no existe. Houdini falleció

mucho antes de que fuera su momento, y de una manera que yo mismo pudiera haber intuido.<sup>1</sup>

Así pues, me sitúo de regreso en el año 1910. Quiero ser cuidadoso a la hora de fijar el año preciso, ya que he recibido quejas por parte de algunos de mis lectores en relación con mi falta de atención a las fechas. Fue el año en que Jorge V ascendió al trono; un tiempo en el que, sin nosotros saberlo, oscuros ecos por toda Europa nos empujaban poco a poco hacia la Gran Guerra.

John H. Watson, doctor.  
2 de noviembre de 1926

---

<sup>1</sup>Houdini murió el 31 de octubre de 1926 de una peritonitis aguda provocada por una serie de golpes que recibió en el estómago.

## El crimen del siglo

—¿El crimen del siglo? —preguntó Sherlock Holmes removiendo el carbón en la chimenea con un atizador de metal—. ¿Está completamente seguro, Lestrade? Después de todo, el siglo es joven todavía, ¿no cree? —Se giró hacia el inspector, cuyo rostro todavía estaba arrebatado por el drama contenido en su afirmación—. Quizá sería más prudente, querido amigo, hablar del crimen de la década, o posiblemente del crimen más serio del año, pero uno debe huir de semejantes hipérboles.

—Debo prevenirle: no debería tomarse a la ligera esta situación, señor Holmes —dijo el inspector, situado junto al mirador—. No he cruzado la ciudad sólo para divertirlo. Este caso del que le hablo tiene implicaciones que se encuentran fuera, incluso, de su alcance. En realidad, simplemente por el hecho de haber venido a discutirlo con usted, estoy sobrepasando mi autoridad. Lo que ocurre es que me encontré casualmente con Watson, aquí presente...

—En efecto. —Holmes devolvió el atizador a su estante y se volvió hacia nosotros. Vestía una levita de un gris sombrío que enfatizaba su gran estatura y su rígido porte. Holmes superaba el metro ochenta de estatura, como ya

otras veces he señalado; era delgado en extremo, casi cadavérico; sus rasgos afilados y nariz aguilena le daban una apariencia como de halcón. Sentado de espaldas al fuego, con los codos apoyados sobre el mantel, era difícil saber si su postura era simplemente cómoda o se trataba de una advertencia—. Creo que lo mejor sería que nos contara su historia desde el principio, Lestrade. Ha dicho que sospecha que este joven norteamericano es el autor de un gran crimen, ¿no es así?

—Así es.

—¿Y cuál dijo que era su nombre?

—Houdini.

—Cierto, Houdini. Watson, ¿le importaría mirar en el índice?

Seleccioné de una de las estanterías uno de sus abultados libros de notas y comencé a pasar páginas completas.

—H, o, u, ¿no es así? Aquí tenemos el duque de Holderness, y aquí... Sí. Houdini, Harry. Nacido el 24 de marzo de 1874 en Budapest. Es curioso, sin embargo... Existe otro registro que sitúa su nacimiento en Appleton, Wisconsin, el 26 de abril del mismo año.

—Realmente curioso.

—Es un mago norteamericano, conocido por sus asombrosos escapismos. Se dice que hasta el momento siempre ha conseguido liberarse de cualquier tipo de confinamiento. Le gusta particularmente retar a los agentes de policía para que lo encierren maniatado en recintos oficiales, de los cuales después escapa por sus propios medios.

Oí una risa sofocada cerca de la chimenea.

—Houdini tiene además interés por las nuevas máquinas voladoras, de hecho él mismo ha realizado varios vuelos cortos.

—Este es precisamente el tipo de cosas de las que les hablaba. ¿Qué tipo de persona puede ser alguien que manipula máquinas antinaturales? —se burló Lestrade.

—Por el contrario, Lestrade, yo diría que nuestro señor Houdini demuestra un vivo interés por los avances de la ciencia, así como un espíritu muy aventurero. Parece un sujeto de lo más sorprendente. ¿Algo más, Watson?

—Nada —dije, y devolví el pesado volumen a su lugar.

—Intuyo que no tiene nada más que añadir a la descripción realizada por Watson, ¿me equivoco, Lestrade?

—En realidad, sí tengo algo que añadir, señor Holmes —dijo el inspector, buscando su cuaderno de notas en su bolsillo delantero—. Veamos... ¿Por dónde empiezo?... ¡Ah, sí! —Lestrade insertó su dedo índice entre las páginas del cuaderno—. Antes de ayer, este tipo se presentó en Scotland Yard y pidió que lo encerráramos en una de nuestras celdas. Bien, tengo casi treinta años de servicio y esta es la primera vez que nadie se ha presentado voluntario para que lo encierren. Así que lo examinamos detenidamente y entonces dijo: «Quiero que me encierren para así poderme escapar». Nos reímos mucho con aquello, se lo puedo asegurar. Pero el joven no se daba por vencido. Insistía en que ya había hecho lo mismo en Alemania y en Francia, incluso nos enseñó unos recortes de prensa para probarlo. —Lestrade golpeó con el cuaderno la palma abierta de su mano—. Bien, señor Holmes, una cosa es escapar de una de esas latas que tienen por ahí, pero no hay mejores cárceles en el mundo que las prisiones británicas. Si el norteamericanito pensaba que iba a entrar sólo para salir después, tan pronto como él quisiera, nosotros estábamos encantados de complacerlo. Así que lo llevamos hasta el bloque de celdas de la planta baja y lo pusimos en una que teníamos vacía. Francamente,

pensé que se echaría atrás al ver la cerradura de la puerta, pero no lo hizo, así que lo dejamos bien encerrado. Le prometí que volvería en unas horas cuando hubiera tenido bastante.

Holmes examinó al inspector.

—¿Y entonces?

Lestrade juntó las manos tras su espalda y miró por la ventana.

—Treinta minutos más tarde recibimos una llamada en la oficina del Departamento de Investigación Criminal. Era Houdini. Dijo que había vuelto sin problemas a su hotel y que solo quería que supiéramos que nos había dejado una sorpresa en el bloque de celdas. Naturalmente, no le creímos, pero cuando llegamos allí vimos que no solo se había escapado, sino que además había cambiado de lugar a todos y cada uno de los prisioneros de esa ala. Diecisiete prisioneros y ninguno estaba en la celda que le correspondía. La verdad es que tuvimos bastante trabajo ... Señor Holmes, no veo qué hay de divertido en este asunto.

—Tiene toda la razón, Lestrade —dijo Holmes, tosiedo brevemente—, perdóneme. Aun así, no veo que su problema sea tan grave como usted presume. Estoy convencido de que es cuestión de mejorar el diseño de su prisión. Quizá puedan convencer al señor Houdini de que colabore...

—¡Dios mío, señor Holmes! —gritó Lestrade, impaciente—. ¿De verdad me cree tan estúpido? No tiene nada que ver con las celdas. Se trataba solo del comienzo. Pero si puede entrar y salir de nuestras celdas, entonces puede entrar y salir de cualquier sitio. De absolutamente cualquier sitio. Algunos hombres incluso sospechan... Bueno, creen... —Se detuvo y miró de nuevo en su cuaderno.

—¿Sí?

—No es nada.

—Venga, Lestrade, estaba usted a punto de decir algo.

Lestrade miró con recelo, primero a Holmes y después a mí.

—No creo en nada de esto, se lo advierto, pero algunos de los hombres dicen que Houdini es... un médium poseído por un espíritu.

—¡Oh, venga!

Lestrade nos mostró las palmas de las manos en señal de rendición.

—La teoría no es mía, se lo aseguro, pero ha de tenerse en cuenta. He investigado un poco a este individuo y los resultados han sido sorprendentes. Muy sorprendentes, en realidad. Consideremos los hechos por un momento, señor Holmes, y veamos qué es capaz de concluir de los mismos. Cada noche, en escenarios de todo el mundo, Houdini es atado, envuelto en cadenas, metido en cajas de embalaje que cierran clavándoles la tapa, y no sé cuántas cosas más, y siempre consigue liberarse. ¿Qué es lo que todo esto le sugiere?

—¿Una enorme destreza y habilidades técnicas?

—Quizá, ¿pero no encuentra, como mínimo, extraño, que jamás falle? ¿Ni siquiera una vez? ¿Podría usted afirmar lo mismo? —Lestrade se estaba refiriendo, y me pareció que con bastante indelicadeza, al robo de la perla negra de los Borgia, un caso que ni siquiera Holmes fue capaz de resolver. Aunque recuperaría la perla poco después, durante un caso que ya he relatado con anterioridad,<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Watson se refiere por algún motivo a la aventura de los seis napoleones, un caso al que se enfrentó unos años antes.

era un asunto que seguía pesándole en aquel momento. Me di cuenta en ese instante de la verdadera importancia que para Lestrade tenía el asunto que nos ocupaba; no era el tipo de persona a la que le gusta reabrir viejas heridas.

Holmes tomó un trozo de carbón de la carbonera y lo arrojó a la chimenea.

—Ocasionalmente mis métodos me fallan, pero incluso entonces, no recibo ayuda del más allá.

Lestrade apartó la vista rápidamente.

—No era mi intención ofenderlo, señor Holmes, lo único que le pido es que tenga una mentalidad abierta en este caso, tal y como he hecho yo. —Pasó las hojas de su cuaderno—. Aquí. Hay un grupo en Estados Unidos que se hace llamar Asociación para la Investigación Psíquica. Los de este grupo no son doctores en brujería, son científicos y doctores, individuos con el mismo grado de sensatez que podemos tener usted o yo. Esta asociación jura y perjura que los logros de Houdini se deben a habilidades psíquicas. Afirman que no hay ninguna otra explicación.

—¿Y qué hay de Houdini? ¿Asegura él también que trafica con espíritus?

—No, él lo ha negado en repetidas ocasiones. Pero ¿no lo ve? Incluso eso encaja con la teoría. Si estuviera usando poderes psíquicos especiales en su carrera como mago, se vería obligado a esconder sus talentos para proteger su modo de vida. —Lestrade soltó una carcajada nerviosa—. Sé que lo que digo parece increíble, pero hace dos días este tipo salió de una de las celdas más seguras sin la más mínima dificultad. Nadie lo había hecho nunca, y francamente, dudo que nadie lo vuelva a hacer. Algo así me predispone a pensar que quizá nos enfrentemos con... Bueno, con lo desconocido. Ahora

bien, no estoy diciendo que yo me aferre a ninguno de estos disparates sobre psiquismo, pero después de la visita de Houdini a Scotland Yard fui al Savoy a ver uno de sus espectáculos. ¿Qué supone que vi allí?

—Dígamelo.

—Fue asombroso. Nunca había visto nada parecido. Durante el espectáculo, Houdini hizo que los operarios construyeran un muro de ladrillo macizo en el escenario detrás de él. No había fraude, estoy seguro. El muro se hizo ladrillo a ladrillo y era absolutamente consistente. Y lo hizo colocar de tal manera que no podía rodearlo, pero de algún modo consiguió pasar de un lado al otro, delante de mis narices. Atravesó el muro. Así que, ¿cómo ha podido hacerlo?

—¿Ayudado por los duendes?

—Según la Asociación para la Investigación Psíquica, la única manera en que Houdini puede realizar su truco es reduciendo su cuerpo a ectoplasma.

—¿Ectoplasma?

—Es la sustancia de las emanaciones del espíritu. La materia de los fantasmas. Sé que suena ridículo, pero ¿qué otra manera tiene un hombre de atravesar la materia sólida? Al menos en Scotland Yard la celda tenía una puerta, pero esto era un muro de ladrillo macizo. Así que, naturalmente, cuando ocurrió el robo...

—¿Robo? —Holmes se puso instantáneamente alerta—. ¿Será este robo el crimen del siglo que antes mencionaba?

—El mismo. No le puedo comentar los detalles todavía porque es un asunto altamente confidencial en el que están implicadas personalidades de las más altas esferas. Pero estoy convencido de que el crimen solo ha podido cometerlo alguien que puede atravesar muros. Tenga en cuenta que

no estoy diciendo que realmente atravesase muros, pero sin duda consigue dar esa impresión. Así que, si pudiera venir conmigo al Savoy y echar una ojeada...

—Lestrade, este crimen...

El inspector levantó las manos.

—Lo siento, le he contado todo lo que podía contarle. No es usted un detective oficial, señor Holmes, y este asunto es completamente confidencial.

—Entonces me temo que no puedo ayudarle.

—¿Qué?

Holmes arrojó otro pedazo de carbón al fuego.

—La verdad es que se encuentra fuera de mi alcance, Lestrade. Hombres que se hacen ectoplasma, robos de tan alta confidencialidad. —Sacudió la cabeza—. No. No. Es demasiado para mí. Watson, ¿le apetecería dar un paseo por el jardín botánico?

Lestrade se quedó boquiabierto.

—Pero... pero usted no lo entiende. Lo único que le pido es que me acompañe al Savoy y vea a este Houdini usted mismo. ¿Qué mal puede haber en ello? No es pedir demasiado, ¿no es así?

—Me temo que sí lo es, inspector —dijo Holmes sin alterarse—. Me está pidiendo que me involucre en una investigación criminal sin tener ningún dato del crimen real. Me pide que considere una teoría que cuadre con hombres que atraviesan muros. No soy un detective oficial, como escrupulosamente usted me ha recordado, pero tampoco soy un arúspice. Mi puerta estará abierta para usted cuando necesite mis servicios en lo que se refiere a asuntos corpóreos. Hasta entonces, buenos días.

Lestrade dejó escapar un hondo suspiro y se dirigió hacia la puerta.

—Es simplemente justo, supongo —dijo, cogiendo su sombrero y abrigo—. Nos dieron órdenes específicas de no consultarle en este caso. Solo creí...

—¿Órdenes? —Holmes se giró en redondo, su rostro estaba en tensión—. ¿Órdenes de quién?

—¿Cómo? Del Gobierno, por supuesto.

Holmes se quedó rígido.

—¿Qué sección?

—El mensaje llegó de Whitehall. No tenía firma.

Los demacrados pómulos de Sherlock Holmes se encendieron.

—Lestrade —dijo con voz tensa por la emoción—, o bien es usted el hombre más taimado del Yard, o bien es un tonto inexcusable.

—¿Qué...? —tartamudeó el inspector, pero Holmes ya había desaparecido. Corría escalones abajo hacia la calle Baker, donde, con dos agudos pitidos de su silbato, paró un coche.

## El hombre que se convierte en ectoplasma

Holmes seguía silencioso mientras el carruaje corría hacia el Savoy, y Lestrade, hay que reconocerlo, supo que no era el mejor momento para averiguar el motivo de la repentina inquietud del detective. Yo, por mi parte, había sido testigo en otras ocasiones de estos ataques de ira y sabía que se basaban en disgustos de raíz más personal que profesional. Y como Holmes parecía recobrar la calma, pensé que era mejor no hablar del tema, estaba seguro de que si mis sospechas eran ciertas, todo se sabría pronto.

Así pues, dediqué el viaje a pensar qué tipo de hombre era aquel que tan pronto se liberaba de camisas de fuerza de lona, como atravesaba sólidos muros de ladrillo. En mi larga relación con Holmes nos hemos ocupado de un gran número de misterios que, al comienzo, parecieran tener que ver con espíritus. Los aficionados a estos casos criminales siguen recordando el macabro asunto de la perla, la bufanda y la pluma pesada, que había llevado a la desesperación a varios investigadores experimentados. Solo Holmes fue capaz de probar que habían sido asesinos de carne y hueso los responsables y no espíritus vengativos venidos del más allá como al principio se creía en Scotland Yard.

¿Lograría Holmes desvelar los misterios que ocultaba Houdini, o le habría presentado Lestrade, al fin, un problema sin solución lógica? Este era el reto que, sin proponérselo, había aceptado mi amigo aquella tarde. En defensa de Lestrade debo decir que dudo de que realmente llegara a creer en ningún momento en toda esa fanfarria espiritista acerca de Houdini. Era más bien un hombre al que le gustaba tener una llave para cada cerradura, independientemente de lo inmanejables que pudieran llegar a ser las llaves.

No había estado en el teatro Savoy desde la muerte de mi querida esposa Mary. Juntos habíamos asistido a muchas de las comedias de Gilbert y Sullivan que se escenificaban allí y, aunque habían pasado muchos años desde que me había dejado, la asociación con el lugar seguía resultando dolorosa. Y la verdad, mi estado de ánimo tampoco mejoró con el aspecto del propio teatro, un lugar oscuro y lúgubre. El lujoso vestíbulo que acostumbraba a ver brillantemente iluminado y repleto de joviales espectadores, estaba vacío y sombrío. A través de las puertas del fondo podía ver las vacías filas de asientos que parecían extenderse hasta el infinito y que daban una impresión de inquietante expectación. Normalmente no soy dado a dejar volar mi imaginación, pero creí sentir la presencia de mi mujer en aquella cripta opulenta, y tuve que reconocer que si alguna vez había de ver un espíritu, lo más probable es que fuera allí.

—¿Ve esto?—decía Lestrade—. ¿Lo ve, Holmes?—Apuntaba hacia uno de los carteles teatrales que se veían por docenas cubriendo las paredes del vestíbulo—. Houdini afirma no tener interés en el espiritismo y aun así llama la atención sobre su persona con un cartel de este tipo. Aquí hay más de lo que se ve a simple vista, se lo aseguro.

El cartel mostraba un simple tonel de madera asegurado con cadenas y pesados candados. Alguien parecido a Houdini lo sobrevolaba, alguien que evidentemente acababa de escapar del tonel como podría el humo escapar por una chimenea. Sus piernas, según la ilustración las mostraba, tenían todavía un aspecto vaporoso. Para reforzar esta impresión sobrenatural, el joven aparecía recibiendo consejo de una pequeña banda de demonios rojos que correteaban sobre su silueta. Al fondo, un montón de agentes de aspecto confundido lo observaban rascándose la cabeza. En la parte inferior de la ilustración aparecía la siguiente leyenda: «Houdini, el rey de los escapistas más famoso en el mundo».

—Tiene usted toda la razón, Lestrade —dijo Holmes—. Se trata de una prueba concluyente de las capacidades espiritistas de este hombre. Qué estúpido he sido al haber dudado de usted. Entonces, sobre los detalles del crimen que usted mencionó...

—Es suficiente, señor Holmes. Lo podrá ver usted por sí mismo en seguida. Recuerde, de todas maneras, que Houdini no sabe todavía que es sospechoso de un crimen. No debe mencionarlo.

Holmes se dio la vuelta y caminó hacia el teatro vacío.

—Como todavía no tengo nada que mencionar... —dijo.

Cuando nuestra vista alcanzó el escenario, pude ver un grupo de cuatro trabajadores llevando enormes cajas de embalaje de un lugar a otro del mismo. Por su parecido con la ilustración del cartel, deduje que el hombre que dirigía el trabajo no era otro que el propio Houdini.

Era un joven de baja estatura, pero de poderosa constitución. Su cabello, negro y fuerte, estaba peinado del centro

hacia los lados, formando dos crestas que, remarcadas por las dos líneas negras de sus cejas, le daban un aspecto satánico. Cada uno de sus movimientos era preciso y enérgico, pero también flexible y lleno de gracia, y me recordó a los lustrosos felinos de la jungla que me encontré durante mis campañas en Afganistán. Llevaba un traje negro como el carbón, que también contribuía a lo dramático de su apariencia, y, aunque era de menor tamaño que el resto de sus trabajadores, insistía en llevar los bultos de mayor tamaño.

Uno de los ayudantes de Houdini llamó su atención sobre nuestra llegada. Después de ver a Lestrade, Houdini gritó sorprendido y depositó su carga en el suelo. Saltó entonces sobre el foso de la orquesta y avanzó hacia donde nos encontrábamos, saltando por los respaldos y brazos de los asientos del teatro como si se tratara de piedras sobre el lecho de un río. Esta demostración de coordinación y equilibrio no era simple bravuconería. No era más que el camino natural para alguien con un control tan absoluto de su cuerpo que no le suponía mayor esfuerzo que si caminar.

—¡Señor Lestrade! —gritó Houdini al tiempo que saltaba hasta el pasillo donde nos encontrábamos—. Me alegro de volver a verle.—Le dio alegremente una palmada en la espalda—. No esperaba verlo fisgoneando por aquí hasta la actuación de esta noche. No seguirá enfadado por la fuga de la cárcel, ¿verdad?

—No, no —dijo Lestrade rápidamente—. Tan solo quería presentarle a estos dos caballeros. Sherlock Holmes y doctor Watson, permítanme que les presente al señor Houdini.

Después de oír el nombre de mi amigo, el joven mago apenas fue capaz de esconder su satisfacción.

—Estoy encantado de conocerlo, señor —dijo, aferrando la mano y el hombro de Holmes—. He sido admirador suyo durante años.

—El honor es mío —replicó Holmes—. Confío en que haya resuelto sus dificultades con la soga.

—¿Cómo? Sí, yo... Aguarde un momento, ¿cómo sabía que tenía problemas para liberarme de una soga? —Con la sorpresa que le causó la observación, Houdini se olvidó por completo de estrecharme la mano y darme una palmada en el hombro a mí también—. Siempre he leído que hacía este tipo de cosas, pero es la primera vez que lo veo. ¿Cómo lo ha sabido?

—Es simple, mi querido amigo. Tiene en ambas muñecas heridas por rozadura. He visto heridas semejantes en las muñecas de víctimas de robos y secuestros que han luchado con sus ligaduras durante horas. La conclusión natural es que ha pasado algunas horas intentando liberarse de una ligadura semejante, y que el ensayo ha sido menos exitoso de lo que usted hubiera esperado.

—¡Maravilloso! —gritó Houdini—. Vaya truco. Pero conseguí liberarme de aquel lazo. Estaba practicando con un nuevo tipo de nudo. Mejor trabajarlo durante los ensayos que no encontrármelo durante una actuación. —Nos guió hacia el escenario—. Cómo desearía que Bess estuviera aquí para conocerlo, señor Holmes. —Paró y adoptó una postura teatral—. Para Harry Houdini, ella es siempre la mujer —recitó.

Era obvio que la breve referencia a una de mis tempranas historias sobre Holmes<sup>3</sup> buscaba halagar al detective.

---

<sup>3</sup> *Escándalo en Bohemia*, cuyo comienzo es: «Para Sherlock Holmes ella es siempre la mujer».

Houdini no podía saber que Holmes rara vez recordaba nada a excepción, quizá, de los títulos de mis historias, cuando se molestaba en leerlas, así que no significaba nada para él. Por el contrario, Holmes abordó de inmediato el asunto que nos ocupaba.

—Dígame, señor Houdini, ¿es cierto que es usted capaz de reducir su cuerpo a ectoplasma?

El norteamericano se rió.

—¿Es esa la razón que les ha traído hasta aquí? No, señor Holmes, he intentado decírselo a Lestrade, mi magia no tiene nada que ver con brujas ni fantasmas.

—Brujas y fantasmas no tienen nada que ver con ello —insistió Lestrade—. Nunca he dicho semejante cosa. Simplemente he sugerido que, en caso de que usted fuera un espiritista, se vería obligado a esconder sus habilidades al público. Si llegara a conocerse que es capaz de hacerse inmaterial, entonces sus escapismos perderían dramatismo. ¿Dónde estaría la emoción en un escapista que pudiera atravesar sus cadenas?

—Al contrario —replicó Houdini—, ese sería el mejor número de la historia sobre un escenario. La gente pagaría diez dólares por adelantado para ver en vivo un fantasma real. Pero no soy un fantasma, soy un escapista.

Lestrade no estaba satisfecho.

—Insiste en que no es un médium, pero todavía creo que no hay otra explicación posible para lo que he visto sobre este escenario.

Houdini hizo una profunda reverencia.

—Muchas gracias, señor Lestrade. Es el mejor cumplido que un mago pueda recibir.

Lestrade se volvió hacia Holmes, exasperado.

—No llego a ninguna parte con él. ¿Ve por qué quería que viniera?

—En realidad, no —respondió Holmes—. Estoy seguro de que me perdonará, Lestrade, pero que usted no sea capaz de comprender los misterios de Houdini no será la causa para que yo abrace el espiritismo. Me inclino por que haya una explicación más lógica que se le ha escapado.

—¿Está usted sugiriendo que soy un memo? ¿O crédu-lo? Quisiera señalar que lo que hace no es simplemente sacar conejos de su sombrero, sino caminar a través de muros de ladrillo macizos.

—Le pido por favor que no se irrite, Lestrade. Esta entrevista no la propuse yo. No estoy sugiriendo que sea corto de entendederas de ninguna de las maneras. Pero sí observo que en este caso ha aceptado rápidamente lo extraordinario cuando la lógica aplicada estrictamente nos puede llevar a lo puramente material. No dudo de que las mismas reglas que gobiernan la ciencia de la deducción nos ayuden a comprender los misterios del señor Houdini.

—Disculpe, señor Lestrade —interrumpió Houdini con exagerada formalidad—. ¿Es posible que el señor Holmes haya afirmado que mis pequeños enigmas no le darían ningún problema?

—Es más o menos lo que ha dicho.

—Muy bien —dijo Houdini—. Comprobémoslo. —Se volvió hacia el escenario—. Franz, sal aquí. —Un enorme tipo calvo apareció de entre bastidores—. Haz que los chicos monten el muro de anoche. —Con un gesto de afirmación, el hombre se retiró—. Bueno, señor Holmes —continuó Houdini—, creo que incluso usted tendrá alguna dificultad explicando esto. Por favor, acompáñeme.

Nos guió hasta un corto tramo de escaleras que nos condujo hasta el escenario.

—Si esto fuera una representación ordinaria, mis operarios habrían construido un muro ladrillo por ladrillo mientras yo realizaba una serie de números breves. De esta manera convencería a la audiencia de que no hay trampa alguna en el propio muro. Es completamente sólido.

Mientras hablaba, sus ayudantes extendieron una larga alfombra roja a lo largo del escenario. Después, introdujeron rodando una plataforma sobre la que había un muro de ladrillos, tal y como Houdini había prometido.

—Observen que el muro supera los dos metros setenta de alto, los dos metros de largo y tiene más de medio metro de grosor. —Golpeó el muro con la palma de la mano—. Robusto. Fíjense en que el muro está situado de tal manera que la parte superior y ambos laterales quedan a la vista del público. Si intentara escabullirme por detrás o pasar por encima del muro, los espectadores me verían.

A medida que Houdini hablaba, perdía el tono de conversación, sustituyéndolo por un discurso sonoro, por una elocución experta en la que cada sílaba era cuidadosamente acentuada. Su voz alcanzaba los más recónditos espacios del teatro y volvía hasta nosotros en creciente oleaje. Uno sentía como si lo escuchara no solo con los oídos, sino con todos y cada uno de sus sentidos.

—He extendido esta alfombra sobre el escenario para descartar la posible existencia de una trampilla. Observarán también que la plataforma sobre la que se apoya el muro no llega a los ocho centímetros de altura, demasiada poca para permitirme pasar por debajo.

El mago retrocedió y escrutó el distante espacio frente a él.

—Este antiguo misterio hindú no se ha exhibido sobre ningún escenario desde hace más de doscientos años.

Originalmente formaba parte de un rito sagrado de iniciación. El faquir del pueblo probaba su valor permitiendo que lo encerraran en una profunda caverna de la que milagrosamente volvería a salir. El secreto ha viajado conmigo desde Calcuta, donde se me permitió acceder a un sagrado consejo de ancianos...

—Venga, venga, proceda... —dijo Holmes.

—¿Cómo? —espetó Houdini, a quien se le había oscurecido el semblante.

—Si usted hubiera venido directamente desde Calcuta, seguramente mostraría alguno de los efectos del clima tropical. Y, en cambio, está tan pálido como cualquiera de nosotros. Observo que aunque el corte de su ropa es estadounidense, su cuello y sus cordones son alemanes. Parece que ha pasado algún tiempo en ese país; estuvo allí recientemente, ya que necesitó comprar ese cuello nuevo, y ha estado por un período lo suficientemente largo como para necesitar comprar cordones.

Houdini quedó inmóvil por un instante y después abrió la boca como si quisiera retomar su discurso, pero desechó rápidamente la idea. En cambio, le gritó a su ayudante:

—¡Franz, los biombos!

El gigante calvo reapareció, portando dos piezas de pantalla negra, cada una con una bisagra vertical en el medio. Colocó una a cada lado del muro, creando dos pequeños espacios vedados a la vista.

—Doctor Watson, si se puede colocar aquí... Lestrade allí... y, señor Holmes, por aquí... Muchas gracias.

Nos situó de manera que todos los lados del muro estuvieran expuestos a nuestra vista.

—Por favor, recuerden caballeros, que no puedo pasar por encima, ni por debajo, ni rodear el muro. Ahora me

sitío detrás del biombo en este lado del muro. Si aparezco al otro lado, solo puede ser porque he atravesado el muro para llegar hasta allí.

Hizo una pausa para que sus palabras nos calasen.

—Ahora, si están preparados, caballeros, contaré hasta tres. Cuando haya terminado de contar, el milagro habrá sucedido. Uno, dos, ¿preparados? Tres.

Desde el otro lado del muro oí gritar a Lestrade.

—¡Lo ha hecho! ¡Lo ha hecho otra vez!

Apareció rápidamente desde detrás del muro arrastrando a Houdini por el brazo. El joven mago estaba ligeramente agitado, pero aparte de eso no había más señales del esfuerzo realizado. He de admitir que estaba profundamente desconcertado por la proeza, y por la velocidad y aparente facilidad con que la había ejecutado.

Holmes debió de leerme la cara, porque me preguntó:

—¿Qué es lo que sacas en claro, viejo amigo?

—Me temo que nada —repliqué.

Observé detenidamente al norteamericano.

—Está algo despeinado, pero me atrevería a decir que yo también lo estaría si hubiera atravesado un muro.

Houdini sonrió abiertamente, al tiempo que intentó arreglarse un poco el cabello rebelde.

—Y bien, ¿señor Holmes?

El detective se sacó del bolsillo su pipa de madera de cerezo y la rellenó cuidadosamente.

—Watson, usted y Lestrade me han escuchado afirmar en muchas ocasiones que una vez que uno elimina lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, debe de ser la verdad.

—Exactamente, señor Holmes —dijo Lestrade impaciente—. Houdini ha demostrado que no puede rodear el

muro de ninguna manera. Por lo tanto, ha tenido que atravesarlo.

—Me temo que esa conclusión ha de ser desechada también por imposible.

Holmes encendió su pipa, exhalando una nube de humo blanco.

—Y si Houdini hubiera pasado por encima o por cualquiera de los lados del muro, lo habríamos visto.

—Bueno, difícilmente ha podido pasar por debajo, Holmes. Incluso si la plataforma tuviera cualquier tipo de abertura, no hay ni ocho centímetros de altura entre el escenario y el muro.

—Y —Houdini no pudo evitar recordarnos— tampoco he podido usar ninguna trampilla porque la alfombra cubre el escenario.

Holmes le sonrió afablemente.

—Es verdad —dijo—, tiene toda la razón. Cualquier trampilla existente estaría cubierta por la alfombra. Sin embargo, me ha venido a la mente uno de los fenómenos musicales más instructivos, el del tambor común.

Al tiempo que hablaba, Holmes descendió hasta la orquesta, donde había varios tambores.

—En efecto, un tambor cualquiera no es más que un cilindro hueco cubierto completamente por una tensa membrana flexible.

Holmes introdujo una mano en uno de los tambores más pequeños y la colocó bajo el parche del tambor.

—Observen: si un plano sólido se coloca bajo la membrana, el tambor no produce ningún sonido. —Con la mano libre, golpeó el tambor produciendo solo un ruido sordo—. Pero cuando no hay nada bajo la superficie, la membrana recupera su flexibilidad natural. —Retiró

la mano y volvió a golpear el tambor. El eco del golpe retumbó por todo el teatro—. En el caso del tambor, el efecto es el sonido. Sin embargo, el principio tiene más aplicaciones.

Houdini y Lestrade estaban paralizados por el singular discurso. Aunque Holmes no tenía la sonoridad de Houdini al hablar, ni se pavoneaba como este, su narración era tanto más atractiva por su suave lógica y su absoluta seguridad. Veía que Houdini estaba cada vez más intranquilo a medida que el discurso de Holmes avanzaba.

—Concentremos ahora nuestra atención en el propio Houdini. —Holmes, que todavía se encontraba en el foso de la orquesta, caminó hasta el borde del escenario y se situó al nivel de nuestros pies—. He notado una gran rozadura en el interior de su zapato izquierdo. Esa marca no la tenía hace un momento. ¿Es posible que a los zapatos no les guste convertirse en ectoplasma? —Holmes volvió a subir al escenario y tomó uno de los brazos de Houdini como si fuera un bicho de laboratorio—. ¿Qué vemos aquí? En los botones de los puños de Houdini encontramos hebras rojas de la alfombra. Esto resulta muy interesante. De aquí podemos...

—Basta, Holmes.

Houdini apartó bruscamente el brazo. Tenía el rostro amoratado.

—Se está burlando de mí. Se está burlando del gran Houdini. Usted... Usted... —Houdini dijo entonces algo en alemán que sonaba inequívocamente desagradable. Y por la expresión de Holmes, estaba claro que este lo había entendido todo.

—Veo que la diplomacia no se encuentra entre sus talentos, señor Houdini —dijo Holmes—. Quizá es mejor

que se concentre en aquellas habilidades que sí posee, a los grandes artistas no se les tiene en cuenta el mal carácter. «*Est quadam prodire tenus, si non datar ultra*».<sup>4</sup>

Con esta oscura cita de Horacio, Sherlock Holmes se dio media vuelta y se marchó.

---

<sup>4</sup> «Su habilidad puede llegar hasta aquí, si no más lejos.»